

APROXIMACIONES AL ISLAM DESDE OCCIDENTE O SOBRE LA URGENCIA DE ENTENDER AL "OTRO"

MARIO DE LA CUBA RESTANI

Historiador por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Profesor de Historia del Perú y Metodología de la Ciencia de la Universidad de Lima.

Uno de los problemas más frecuentes que suelen presentársele a Occidente cuando se enfrenta a otras realidades culturales, políticas o religiosas que no les son comunes, es la vulgar generalización. Por ejemplo, muchos creen saber sobre Hinduismo por que han oído decir que *"la vaca en la India no se come"* o del Islam, porque *"tienen el deber de matar a otros por que su religión así lo indica."* Esta simplicidad pueril, estas verdades a medias -a las que Pascal llamaba "mentiras a gritos"- impiden un cabal conocimiento de culturas milenarias o, por lo menos, una seria aproximación. A decir de Konrad Lorenz, la xenofobia, el temor a lo nuevo y desconocido, son actitudes naturales, congénitas. La tolerancia, en cambio, es un valor cultural. Algo que se va adquiriendo paulatinamente, que se va construyendo y, que demanda sobre todo, una actitud de mente abierta a la fascinación con lo nuevo, con lo distinto. Como el mundo que Jostein Gaarder le construyó a Sofía. Es tal vez por estas y otras razones que la mayor parte de Occidente desconoce, o lo que es peor, "malconoce" la riquísima tradición del Islam y sus invaluable contribuciones a la cultura occidental y que se formaron con la contribución mutua y no en compartimientos estancos.

La palabra Islam, para empezar, significa en árabe "sumisión, obediencia" y *"muslím"* - musulmán es palabra de origen turco- "persona o cosa que obedece a la ley de Alá."

La sencillez en el acto de conversión -aceptar en voz alta y ante dos testigos que *"No hay más Dios que Alá y Mahoma es profeta de Alá"*, lo práctico y piadoso de sus fundamentos han influido decididamente en la velocidad de su expansión. Se calcula que el número de musulmanes actualmente llega a unos mil millones entre sunnitas, chiítas y grupos menores. Cantidad más o menos similar a la de los cristianos (católicos, protestantes, ortodoxos y un enorme etcétera). Tal vez por ser el mundo occidental mucho más secularizado y por ser el Islam una religión sumamente demandante, el Islam tiene un número mayor de "verdaderos creyentes." Mientras que el cristianismo sólo rige la conciencia y ética personales, es decir apela más al individuo (sobre todo en el luteranismo y en divisiones posteriores de éste), el Islamismo rige todos los aspectos de la vida individual y social: desde las normas conductuales en la mesa y conversación, hasta la economía, la ética empresarial, la dinámica familiar, la guerra y la paz.

La vía del conocimiento del Islam está señalada por un gran número de profetas, siendo el primero Adán hasta llegar a Mahoma o "el sello de la profecía", pasando por 124 000 profetas más, muchos de ellos comunes a judíos como a cristianos: Noé, Abraham, Moisés. La figura misma de Alá es más asequible: es único, compasivo, omnipotente y presenta unicidad (vaya discusiones teológicas que se presentaron a través de la historia para explicar el misterio cristiano de la Santísima trinidad). Sin embargo, pese a tener un origen común, pues las tres religiones antes mencionadas tienen en Abraham o Ibrahim a su fundador, hay muchos aspectos que las separan. El origen de los judíos y de los árabes, es el mismo. O, al menos, parcialmente. Se

dice que Abraham tuvo con su esclava Agar, la egipcia, un hijo: Ismael. Posteriormente Sara, su mujer, tuvo a Isaac y celosa del amor al primogénito quien según la Biblia se burlaba de Isaac, (Gen.21:9) pidió a Abraham expulsara a su esclava con su hijo. Agar e Ismael iniciaron un periplo seguro hacia la muerte atravesando el ardiente desierto y Agar, para no ver morir de sed a su hijo, lo dejó y siguió adelante. Inmediatamente un manantial de aguas apareció y Dios le aseguró que haría de él "...una gran nación" (Gen.21:18). Es decir, histórica o si quiere teológicamente, árabes y judíos son "primos". Pero, remontándonos a tiempos no tan lejanos, cabe preguntarnos: ¿quiénes son entonces los árabes? Los árabes son los habitantes de la península arábiga y que, luego de la prédica de Mahoma y la expansión del Islam, se mezclaron con muchos pueblos de las naciones vecinas conquistadas quienes adoptaron su lengua y su cultura: Yemen, los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Qatar, Bahrein, Irak, Siria, Líbano, y los países del norte de África; Egipto, Argelia, Marruecos Túnez, y en el África negra, parte de Sudán y de Somalia. Entonces, ¿no todos los musulmanes son árabes? Pues no, afganos, pakistaníes, uzbekos, tayiquís, iraníes provienen de diferentes pueblos y variedades lingüísticas de origen indoeuropea; los turcos tampoco son árabes. Por lo tanto, no todos los musulmanes son árabes ni todos los árabes musulmanes.

Los musulmanes consideran sin embargo al judaísmo y al cristianismo en parte "musulmanes" por aceptar parcialmente la ley de Alá. El judaísmo ha cometido errores involuntarios de asociación ("shirk") y Alá no permite que se le asocie (cuarta sura o capítulo del Corán) y el cristianismo se corrompió con las diversas y posteriores traducciones de la Biblia. En cambio, "Al Corán" ("la recitación") es la voz pura que se manifestó a través de Mahoma quien es tan solo un instrumento de la voluntad de Alá para darse a conocer a la humanidad doliente. Es pues, el Islam, la religión correcta, la versión última y definitiva de Dios que ya desde hacía muchas centurias iba dando a conocer su voluntad poco a poco a través de personas pías, milagros y profetas. Después de las revelaciones de Mahoma, todo estaba definitivamente dicho.

La misión fundamental del profeta de la Meca era "purificar la casa de Alá (La Ka'aba) y romper los ídolos paganos" Eso desencadenaría la guerra civil entre los seguidores del nuevo profeta con otras tribus idólatras. El Corán, el libro más leído y aprendido de memoria actualmente, se divide en 114 suras o capítulos (cada una es una revelación recibida por Mahoma) y un total de 6239 aleyas o versículos. Resulta casi una obligación para un "buen" musulmán aprender árabe, pues es en esta bella lengua de elegante caligrafía y en su rítmica recitación en voz alta en que descansa parte importante de su vigor.

La imposición del Islam presentó cautela en un principio. Mahoma predicó los tres primeros años a su familia inmediata: Jadhira (su rica y madura esposa), Ali, su primo y y Zayd, fiel sirviente que escribiría cuidadosamente las revelaciones que verbalmente iba dando a conocer su señor. Papel especial tuvo su hija Fátima, dicese, su primera seguidora incondicional. Esto despertó posteriormente la furia de los paganos qurayshíes y, temiendo por sus vidas, Mahoma y sus seguidores más cercanos dejaron la Meca para dirigirse a Medina. Este hecho, conocido como la Hégira o éxodo da inicio al primer año del calendario musulmán. A los pocos años, el profeta tenía una fuerza de unos diez mil hombres y conquistó la Meca y purificó la Ka'aba. Al morir, el 632 dejó sentadas las bases del Islam en el Oriente Medio.

Uno de los aspectos más importantes dentro de la fe islámica es lo que algunos han llamado los cinco pilares del Islam. El primero es la aceptación explícita de Alá

como único Dios y de Mahoma como profeta de Alá (Shajada). Los cuatro pilares restantes forman la "ibada" o "santa esclavitud": todo musulmán debe rezar 5 veces al día con dirección a la Meca (resulta poco si se tiene en cuenta que cuando el ángel Yibril o Gabriel lo llevó al paraíso, se le ordenó que los fieles rezaran 50 veces al día). Este conjunto de rezos constituye el "salat". El tercer pilar lo constituye el impuesto que todo musulmán debe entregar para ayudar a los pobres - "zakar", el cual es obligatorio y que afecta aproximadamente al 2,5% del total de bienes del creyente. El cuarto pilar, el ayuno en el mes de ramadán (el más caluroso y cuando se cree que Mahoma recibió su primera revelación) se realiza para purificar las faltas y apreciar lo que se tiene y sentir en carne propia lo que sufren permanentemente los que nada poseen. El último pilar, el "hajj", o sea la peregrinación a la Meca por lo menos una vez en la vida, deben hacerlo todos los musulmanes que estén en condiciones mentales, físicas y económicas. Algunos la realizan en cualquier fecha, otros esperan la ocasión anual donde cerca de dos millones de fieles únicamente vestidos con una túnica blanca se confunden en una enorme masa de caminantes procedentes de todo el mundo. Sólo poseen el humilde ropaje. Recordatorio sutil de que nacemos sin nada y esta peregrinación es un poco volver sobre lo andado, un renacer maravilloso.

¿Cómo es posible entonces que una religión que predica la tolerancia sea hoy en día una amenaza para los ojos de occidente? Es obvio que el mundo ha cambiado sobre todo a raíz del 11 de setiembre del 2001. Tanto que para Samuel Huntington en su rebatible artículo "El choque de las civilizaciones" anuncia la necesidad de aplicar un modelo global y occidente es capaz de lograrlo bajo su tutela. Torpeza que resulta casi poética si la comparamos con la de Berlusconi, quien afirmó que occidente era superior porque tenían a Mozart y a Miguel Angel (sabrá lo que es arte no figurativo, sabrá que escribe con números arábigos y no con los romanos, habrá escuchado hablar de Alfarabi o Avicenas).

Acaso no hay también un fundamentalismo cristiano, señor Jones y distinguidos seguidores de Guyana o en la teocrática Texas de los Davidianos? Podemos pensar siquiera que la milicia de los talibanes y Osama Bin Laden constituyen una corriente teológica condicente con el Corán y sus principios más elementales. Es acá donde la política y la religión pierden sus -en teoría- bien marcadas fronteras. Al hablar de choque de civilizaciones, Mister Huntington parece olvidar que hubo santas y cristianas cruzadas hace unos mil años; no en busca de petróleo, pero sí de tierras de labranza ante un occidente de roturaciones agotadas y con el apoyo de la cristiandad. Más caritativo y paternalista es el artículo de Bernard Lewis "El origen de la cólera de los musulmanes" donde sostiene que el mundo musulmán no puede entender cómo son culturalmente tan ricos y económicamente tan pobres.

A estas alturas resulta válido preguntarnos, ¿qué pudo ocurrir en la historia para que el mundo islámico pierda parte de sus esencia tolerante, sutil, creativa y delicada? Tal vez con la primera revolución Industrial hacia el siglo XVIII y luego con la segunda, una centuria después, la penetración de Occidente en Oriente para la obtención de materias primas, para la colocación de mercaderías así como la obtención de nuevos dominios. La colonización del mundo sobre todo por ingleses y franceses afectó severamente las estructuras sociales, políticas y culturales de esas regiones. Fue tal vez la religión un refugio seguro para los territorios culturalmente impactados y muchos de ellos en la literalidad del Corán, encontraron amparo; otros se occidentalizaron abiertamente y entusiastamente. Como se aprecia en los inicios del siglo veinte, con el "hajj" petrolero, algunas familias reales consolidaron su poder, enviaron a sus hijos a estudiar a Londres o a los Estados Unidos. Luego de la segunda

Guerra Mundial y ante la inmensa ola de descolonización, muchos pueblos islámicos recuperaron su independencia pero el reto era ahora enfrentarse a la necesidad de crear naciones dinámicas que supieran adecuar a su universo original los aportes de Occidente. Reinó entonces la confusión. Algunas naciones se occidentalizaron rápidamente: Irán, Arabia Saudí, Kuwait, Jordania y otros buscaron consolidar el poder de sus pequeños grupos tribales dominantes con la anuencia de Estados Unidos y Occidente. Es posible que la frustración se haya apoderado de la gran masa de musulmanes que no se beneficiaron con la nueva fuente de ingresos proveniente de la exportación petrolera. Hacia los años setenta una fuerte corriente fundamentalista culminó con el triunfo de la revolución chiíta iraní del Ayatollah Jomeini ante lo cual Estados Unidos armó al dictador Saddam Hussein; hombre secular y posiblemente el único que podría enfrentar con éxito al nuevo líder chiíta y a su triunfante revolución. Por aquel tiempo fue el propio gobierno norteamericano el que apoyó a los combatientes musulmanes y al entonces magnate árabe saudí, Osama Bin Laden quienes enfrentaban al invasor soviético que ingresó a Afganistán para apoyar al débil gobierno socialista establecido pocos años antes en Kabul. Terminado el conflicto y expulsados los rusos, Bin Laden logró en Afganistán gran respeto y consideración: con su fortuna había contribuido a combatir al gigante invasor. Nadie pretende justificar los atentados del 11 de septiembre. Nadie, al menos, tiene el derecho de arrogarse tales actos en nombre de una Guerra Santa. La *sura*, referida a la Yihad y titulada "La Conversión" es la única que no está precedida por la fórmula "En el nombre de Dios, clemente y misericordioso". Sin embargo, la Guerra Santa contra los "infieles e idólatras" expresamente excluye atacar a niños, mujeres o ancianos siempre es en "defensa de la fe" Además "agrega que... si se convirtieran, si ubsecarum la oración e hicieran limosna, dejadlos entonces tranquilos pues el señor es clemente y misericordioso." (sura IX: 5)

Es pues prejuicio puro y chato ver el mundo contemporáneo como un choque de civilizaciones. El Islam tiene, eso sí, un enorme reto: recomponer su esencia, mantener sus principios, no refugiarse en la literalidad arcaica. Occidente tiene una tarea también fundamental: tender puentes, respetar lo que le puede parecerles -y de hecho les es- ajeno. Tienen que entender que los turbantes no matan, que el fundamentalismo de esa minoría islámica, no es el fundamentalismo islámico. Osama Bin Laden está tan lejos del Corán como Bush y sus fundamentalistas cristiano-petroleros lo están de las enseñanzas de Jesús.

Tal vez estas breves reflexiones se impriman cuando ya la Casa Blanca haya teñido de rojo las arenas de Bagdad lanzando sus enormes bombas de 9500 kilos -disuasivas y no contaminantes-, pero, qué duda cabe: hay que desarmar a un régimen que usa armas químicas contra su gente. Total, el napalm sobre las espaldas de millones de vietnamitas, debió ser una grata lluvia sobre las aldeas de Saigón. Tal vez sea el inicio del acto de mayor estupidez en los albores del nuevo milenio. Quizá estemos entrando a una nueva "Pax Romana" aunque el precio a pagar nadie puede preverlo. Orwell no estaba equivocado: sólo unos años atrasado y el "Hermano Mayor" está furioso. ¿Dónde está, señor Fukuyama, el fin de la Historia? De lo que no hay duda es que si los Estados Unidos, Inglaterra y el colgajo español que arrastran (y que ha anunciado el envío de tres naves y novecientos hombres cual flotilla colombina), se imponen a la voluntad mundial de paz que Naciones Unidas encabezó tíbilmente, el organismo de la bandera celeste debería sincerar sus pasillos, cerrar sus oficinas y la puerta por fuera para lanzar la llave lejos, muy lejos. Faltan unos minutos para que el ultimátum de Bush se cumpla. Estoy frente a CNN en español, esa especie de canal dos de la era de los Winter, que filtra las informaciones

descaradamente. Uno de sus presentadores habla del inicio de la "cuenta regresiva", cual despegue de algún "Apolo" al espacio. Lleno de angustia sólo espero un milagro. Que Alá o Jeová lo permita o lo que es mejor aún: que brote un "improntus" de cordura para poder recuperar la fe en la humanidad. Esa fe que hoy siento que se desvanece lentamente, aunque, para ser sincero, más rápido de lo que realmente quisiera.